

Intersecciones desde la comunicación: Identidades, socialidades e imaginarios.

Teodosio, María Antonieta ¹

Resumen

El trabajo que se expone presenta algunas de las líneas de conceptualización manejadas en la investigación correspondiente al estudio de las Temporalidades, dentro del Programa de Incentivos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.

El concepto de comunicación, entramado con categorías conceptuales como las de imaginario social, identidad, cultura y socialidad, provoca la emergencia de un constructo teórico necesario para la comprensión de procesos sociales actuales que atañen a los sujetos adolescentes, y especialmente a los requerimientos propios del ámbito educativo.

La investigación permitió rastrear el marco conceptual referido en relatos de vida y grupos de discusión, lo que hizo posible el acceso a las prácticas cotidianas juveniles.

El abordaje efectuado, desde la mirada comunicacional, se pretende iluminador para las prácticas tanto científicas de la disciplina en cuestión, como docentes, entendiendo que existe una necesidad concreta de espacios en los que se propicie un verdadero diálogo de saberes que actualmente requieren, en virtud de la complejidad imperante, de todos los esfuerzos de articulación.

La educación física, puesta en el centro de las miradas, convoca y se hace propicia para esta tarea, de cara a un quehacer docente contextualizado, acorde a una educación a la vez crítica, inclusiva y transformadora.

¹ Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS)
Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Palabras clave: Jóvenes - comunicación - identidad – representaciones - educación

Introducción

La tarea desarrollada por el grupo de investigación en Temporalidades desde la comunicación puso sobre el tapete la idea de sujeto perceptor del tiempo y desde ese lugar, constructor de una manera de vivirlo que le es propia y que a la vez se conjuga con la representación instalada en el imaginario social.

Con la mirada puesta en los procesos que se entraman en la comunicación, tuvo lugar una instancia de construcción y entramado tanto de saberes como de enunciados, de sujetos y prácticas. De ella ahora se trata de presentar una mínima parte de lo trabajado, a fin de propiciar otra lectura de los sujetos jóvenes y de sus prácticas que sirva para enriquecer los saberes docentes cuanto para conjugar conocimientos con los científicos provenientes de otras disciplinas.

Se comprende que es está en la base de este trabajo la intención de no alimentar ni agrandar brechas, razón por la cual se ve la necesidad de emprender la tarea educativa de manera mancomunada y solidaria, poniendo para eso este saber a disposición de quienes más lo necesiten, en la conciencia de la necesidad de abrir espacios para la articulación de saberes y de participar activamente en ellos.

El trabajo de investigación

Como ya se planteó, la investigación de la que acá se da fragmentaria cuenta, corresponde al Programa de Incentivos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, donde el tema de las Temporalidades concentró la mirada, en dos definidas instancias: la primera, en la cual mediante la metodología de los relatos de vida hubo oportunidad de revisar las construcciones discursivas de jóvenes y de adultos, en un corpus conformado por todas personas todas habitantes del casco urbano de La Plata; en la segunda, se abordó el discurso de los jóvenes, con su participación en grupos de discusión armados a tal

efecto y cuya característica fue tener una edad que iba entre los 18 y los 25 años (algo menores que los entrevistados en la instancia primera, que llegaban a los 30 años).

Para esta tarea se construyó una herramienta conceptual que revisó cuestiones como la socialidad, la identidad, el espacio público y el cambio social, que se conjugaron con otras como las de representación, imaginario social y cultura, todas ellas entramadas en la comunicación y de las cuales en este trabajo solo se presentarán algunas.

El rastreo conceptual

La comunicación es el campo en el que se produce el sentido, y como tal da lugar a un entramado en el que identidades, subjetividad, sujetos, representaciones e imaginario social, socialidad y cultura son conceptos a través de los que los jóvenes revelan sus modos de pensar y hacer el mundo.

Así como ellos se refirieron a la sociedad en sus discursos, así también la sociedad habla a través de ellos, dando muestras de lo poco original que se puede ser. De ahí también que este corpus acotado pueda dar cuenta del problema que constituyen las representaciones juveniles especialmente en lo que a la docencia se refiere..

Hay que tener presente que las prácticas juveniles expresan un “habitus” que es necesario conocer y comprender para entender las luchas materiales y simbólicas que se libran en el campo educativo. En este sentido, la noción de temporalidad puede resultar articuladora de los sentidos circulantes, que son propios de un espacio/tiempo, en este caso, la globalización, que es una manera de decir la “circulación planetaria de los bienes culturales en una escala totalmente nueva” (Altamirano, 2008) a la vez que implica la ruptura de barreras espacio - temporales sin que esto implique, consecuentemente, la disolución de todas las distancias. Son características de esta época la instantaneidad, la multiplicidad y la fugacidad, todas cualidades relativas a las percepciones subjetivas del tiempo, que se

pueden observar en los enunciados de los jóvenes entrevistados. También puede resultar de valor retomar el concepto de tiempo histórico de Braudel, para quien hay una corta, una media y una larga duración, signadas por el tiempo de las estructuras, de la coyuntura y del acontecimiento, que son útiles para revisar las representaciones sociales.

En segundo lugar, el concepto de identidad, de fuerte presencia entre los jóvenes, y que resulta de la explicación de Gilberto Giménez que es quien aclara el tema ubicándolo en la intersección con una teoría de la cultura, internalizada como “habitus” o como representaciones sociales, como el lado subjetivo de la cultura, en contextos de interacción y de comunicación, esto es, una identidad cualitativa. De esta manera, se considera que éstas son relacionales. Otra característica fundamental de la identidad -sea ésta personal o colectiva- es su capacidad de perdurar -aunque sea imaginariamente- en el tiempo y en el espacio. Es decir que la identidad implica la percepción de ser idéntico a sí mismo a través del tiempo, del espacio y de la diversidad de las situaciones y, aun más, a la persistencia en el cambio (Gimenez, Op. Cit). Rosana Reguillo se refiere a las identidades “menos largas”, con plasticidad, que amalgaman ingredientes que provienen de mundos culturales muy diversos, con fuertes discontinuidades. También se combina con el concepto de identidades líquidas forjado por Bauman (2005).

Asociado a este concepto, el de grupo, que Gimenez toma de Merton, según el cual se entiende por grupo “un conjunto de individuos en interacción según reglas establecidas” (citado por G.Gimenez) Por lo tanto, una aldea, un vecindario, una comunidad barrial, una asociación deportiva y cualquier otra socialidad definida por la frecuencia de interacciones en espacios próximos serían “grupos”. Pertener a un grupo o a una comunidad implica compartir -al menos parcialmente- el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define (Gimenez, op. Cit.). Se trata de construcciones socio-cognitivas propias del pensamiento ingenuo o del “sentido común”, que pueden definirse como “conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto

determinado” (Abric, citado por Gimenez).. Las representaciones sociales serían, entonces, “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, y orientada a la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social” (Jodelet, 1989, 36), Las representaciones sociales así definidas -siempre socialmente contextualizadas e internamente estructuradas- sirven como marcos de percepción y de interpretación de la realidad, y también como guías de los comportamientos y prácticas de los agentes sociales. Así también lo expresan Arnoux y Bein (1999), quienes además las consideran diseños más o menos complejos del universo social que los discursos sobre el lenguaje construyen, aunque hablen solo del lenguaje.

La cultura, por su parte, entendida en el más amplio sentido antropológico o bien desde la semiótica de la cultura, como pauta de significados, esto es, como conjunto de signos, símbolos y representaciones, modelos, actitudes, valores inherentes a la vida social. Constituye la dimensión simbólico-expresiva de todas las prácticas sociales (citado por Gimenez, 1996). Como escribe Altamirano (2008): “Lo nuevo no es, por lo tanto, la presencia relativa de los temas de la cultura, sino la importancia que se le concede a las relaciones de sentido y, por ello, a esos temas, en la descripción y la interpretación de la vida social.”

Respecto de la socialidad, están ahí las palabras de Martín-Barbero, para quien los medios son nuevas formas de juntarse, están ahí dispuestos para su socialización. Para Maffesoli, en cambio, despierta esta neotribalidad una luz de esperanza.

El imaginario social (E.Díaz, 1996) es el concepto que se constituye a partir de los discursos, prácticas sociales y valores que circulan en una sociedad. El mismo actúa como regulador de conductas, sea por adhesión o rechazo. Se trata de un dispositivo móvil, cambiante, impreciso y contundente a la vez. Produce materialidad, efectos concretos sobre los sujetos y su vida de relación.

Las representaciones juveniles

Los tópicos de la investigación constituyeron algunos anudamientos de sentido que los jóvenes produjeron a partir de preguntas respecto de la sociedad actual, de su relación con las tecnologías, con el espacio público y de su mirada de sí y de los demás.

En lo relativo a la representación manifestada de la sociedad presente, los jóvenes no plantearon dudas sino respuestas categóricas y negativas. Ven la sociedad como una vorágine, fragmentada, polarizada, alocada, preocupada por el tener, indiferente, mezquina, individualista, vacía, con valores cambiados, con más retrocesos que progresos, caótica, quebrada en las relaciones sociales, con gente insatisfecha y preocupada por sí misma. Sus expresiones dicen que alguna clase de orden previo se ha perdido. Usan la metáfora de “selva” para expresar la idea de dominio sin más ley que la que rige la animalidad, lo salvaje. Las respuestas son rápidas, como si se tratara de respuestas hechas, que ni siquiera tienen que pensar. Sus imágenes se relacionan con la inseguridad de la calle, con la familia como bastión o con la tecnología, De alguna manera esto dice que su presente está marcado por las instituciones, como la familia, la escuela, el trabajo o los amigos.

Al ser preguntados respecto de cuándo consideran que se produjo tal cambio, en general la respuesta se vincula con hechos políticos como una presidencia, un momento de crisis social como el de 2001, o con la aparición generalizada de nuevas tecnologías. No expresaron la razón de tales cambios. Quienes pretendieron dar razones propias, finalmente se encerraron en la trampa de sus propias percepciones (el tiempo del acontecimiento), revelando lo que vieron o vivieron, sin analizar las mismas. Sus percepciones funcionaron como garantía de verdad., de manera que perciben lo reciente, la corta duración y por ende dan muestras de no poder registrar vínculos intergeneracionales confiables que los persuadan de los procesos de larga duración (del tiempo de las estructuras, de Braudel). Otro común denominador fue la duda, que pone de relieve una actitud propia de nuestra época, que pone un velo entre los hechos y sus causas,

habitualmente oscurecidas en el discurso de la complejidad. Antes notamos la rapidez de las respuestas armadas; ahora se evidencia la falta de explicaciones que deja sin respuesta a los jóvenes y con ello muestra la irracionalidad imperante. Del otro lado, los que tienen la percepción continua del cambio y que al naturalizarlo se sienten parte de él.

Esta representación nos pone de cara a varias cuestiones: la primera, el papel de los medios en la elaboración de sus representaciones; la segunda, la escasa influencia que ejercen otros actores sociales en sus discursos; la tercera, el quiebre existente entre los conflictos y sus causas, que agranda la complejidad (y consecuentemente, la incapacidad de ningún sujeto de poder dar respuesta viable) y finalmente, la representación de la irracionalidad (lo salvaje) del mundo de hoy.

Surgen entonces preguntas como por ejemplo: ¿de dónde sacan estos jóvenes que antes el mundo no era así? ¿a quién/es beneficia que las causas permanezcan veladas? ¿por qué sembrar en los jóvenes la idea de irracionalidad, de mundo sin ley? ¿qué consecuencias esta representación puede acarrear?

En sus discursos se observa otra clase de hitos, asociados a la historia personal de cada uno, como el inicio de la vida laboral, de la convivencia, una enfermedad, etc. Especialmente en el caso de los jóvenes de mayor edad (cabe recordar que los relatos de vida tuvieron como entrevistados sujetos cuya edad osciló entre los 18 y los 30 años), que están próximos a finalizar sus estudios, van formando familia o ascendiendo en sus trabajos, el cambio está asociado a la idea de progreso. Mientras por un lado fueron lapidarios con la realidad actual, por otro creen fervientemente en el relato de la Modernidad, del progreso indefinido y de la evolución de las especies, que por su esfuerzo los premiará salvándolos de la exclusión. Su representación del futuro es benigna en la medida en que respondan adecuadamente al llamado del Progreso. Se observa la respuesta adaptativa al darwinismo social. Se trata de un futuro individual, reproductor del imaginario de una burguesía, olvidado del entorno y de sus dispositivos operantes de exclusión.

Salvarse es, en esta representación, la consigna; sobrevivir, la meta. En este punto habría que preguntarse qué lógica admite que la acción individual progrese, es decir, vaya en sentido positivo, mientras la acción social va en otra dirección.

Está visto que el imaginario juvenil contiene una serie de ideas como las de sobrevivencia, competencia, adaptación, orden natural, progreso con esfuerzo, sociedad-selva, inclusión-salvación que, como dice Díaz, funciona como un regulador de conductas. Hemos visto en la segunda etapa del trabajo, en los grupos de discusión, que allí se pone de manifiesto la increíble sobrecarga de presiones dispuesta sobre estos jóvenes que reciben tanto los discursos admonitorios de los adultos a través de la escuela y de la familia, como sus gestos, sus actitudes y comportamientos, que los ponen de cara ante su propio futuro mientras los interpelan a diario.

Si las identidades se forjan en relación, las de estos jóvenes quieren ser flexibles y juveniles por siempre. Crecer es para ellos aceptar el peso de las responsabilidades, de la ley, de las frustraciones, de manera que esto es algo que rechazan. Si hay una desconexión de la historia y de la memoria, es claramente para evitar la interpelación crítica que los ponga de cara a una concientización que los mueva a madurar. Así como Freire sostenía la relación entre conciencia crítica y praxis transformadora, en la convicción de que solo los que se perciben condicionados pueden dejar de serlo, estos jóvenes, conocedores de la misma, la evitan, de manera que no conceptualizan el conflicto (la selva está fuera y si me encierro, tengo oportunidad de salvarme).

Mientras evitan entonces el acto de hacer conciencia, el cambio social sigue su derrotero movido por el placer y la innovación.

Un cruce que puede resultar de interés es el de la mirada de estos jóvenes respecto de sí y de sus pares.

Su característica liquidez identitaria se observa en la capacidad juvenil de modificarse y de adecuarse al entorno, así como de mimetizarse y de volver a cambiar. Se sienten molestos ante la invitación a presentarse: descreen del interés

real del otro, creen que se trata de pura rutina, como la de los profesores al inicio de cualquier curso. Tratan de responder apelando a lo armado, a la etiqueta que funciona: soy tal, tengo tantos años, estudio y vivo en La Plata. No se brindan abiertamente; la ley de la selva les ha enseñado a no confiar y aprendieron a resguardarse. Si hay signos que habiliten su confianza, entonces se abren y brindan, pero los automatismos proponen una suerte de construcción de armadura inicial. . Probablemente esto no haya sido aprendido solo de los discursos mediáticos, y la familia tenga un discurso de preservación al respecto (“Cuando uno actúa con el corazón, siempre termina lastimado”, se lee en las redes sociales, con expresiones cotidianas más propias del teleteatro). Les hablaron del desengaño, les mostraron el desengaño, los alimentaron con desengaño y los han hecho crecer a pura lágrima. No se trata de un tango sino de lo que respira una sociedad que quiere convencerse de que es mejor estar solo que mal acompañado. Los divorcios y las separaciones dan cuenta de ello y los jóvenes beben desde pequeños estos malos tragos. Falsa conciencia, ideología, se podría esgrimir, pero para ellos la inseguridad es la que aprendieron en el hogar, con padres que repiten que no se puede confiar.

Es interesante desde este punto considerar el deseo de placer, de libertad que experimentan estos jóvenes. Para los adultos es difícil entender esta orientación de la energía libidinal, ya que en general no resultan conscientes de sus propias prácticas. Ello también pone a los jóvenes a resguardo de identidades fijas o perdurables como las que ven en los adultos, desechas por fracasos diversos (en sus relaciones personales, laborales, etc.) para ellos leídas como condición de vulnerabilidad. Esta interpelación fuerte los promueve plásticos, flexibles, ágiles en sus construcciones identitarias. Se preparan así para no sufrir dolor.

De alguna manera, esta representación del mundo adulto los interpela y diferencia: saben con claridad lo que no quieren ser (adultos) y estar con jóvenes y disfrutar son los antídotos más elegidos. Para Zemelman (2010), en este proceso de constitución de la subjetividad emerge una dialéctica de tipo memoria-utopía,

que tensiona por un lado a partir de la tradición, como tendencia a la inercia, y por otro desde las visiones de futuro.

Los amigos (sus cara-libro muestran cientos de ellos mientras que, por lo bajo, reconocen que no pasan de una decena) gozan del afecto, del tratamiento horizontal, hasta de su solidaridad si lo precisan; quienes no forman parte de ese colectivo, en cambio, son vistos como riesgosos. La grupalidad es para ellos garantía, una seguridad, una certeza. La representación de los otros devuelve la imagen del espejo, de aquellos con quienes se identifican. Esta neotribalidad (Maffesoli, 2009) resiste el camino de la racionalidad marcado por la Modernidad, con una horizontalidad holística e integradora, posibilitadora de lo nuevo.

La relación que establecen los jóvenes con las tecnologías muestra algunas aristas de interés, en la medida en que sus representaciones dicen con claridad que saben que son medios, que pueden distinguir la realidad de la ficción, que no quieren ser maestros de sus progenitores ni mucho menos convertirse en sus padres. Los medios se usan y en esa laxitud que provocan, dejan sus resistencias y permiten que la tecnología organice sus tiempos y difumine los contornos de lo público y lo privado, lo que es ser amigo y ser solo contacto.

En definitiva, se observa una instalación en el tiempo breve del puro presente, de la instantaneidad, del que queda fuera la larga duración. El trabajo aquí expuesto dice que son jóvenes y que se comportan como tales, pero no hay predicción posible respecto de lo que van a ser cuando dejen de tener identidades lábiles.

Conclusiones

Como se sostuvo al principio, este trabajo permitió revisar y conocer el universo representacional de los jóvenes, a la vez que en ellos, atravesando sus miradas, se pudo atisbar la sociedad toda.

La comunicación hecha campo de producción, circulación, apropiación y lucha por el sentido hizo visibles los flujos, las negociaciones y los poderes que detenta cada sujeto.

Las representaciones sociales mostraron lo que tienen de marco y de construcción común, como construcciones de sentido que no pertenecen a nadie en tanto todas ellas, desde el imaginario social, regulan lo que la sociedad tiene de permanente y de cambio.

La deconstrucción de algunas de estas representaciones (la de sí y la de los otros) atravesó el trabajo para dar a conocer algunos de los procesos de producción de sentido, especialmente los atinentes a la identidad. En ellos se observó que sus capacidades lectoras del mundo y de sí mismos están desarrolladas, lo que les permite adecuarse sucesivamente a las diversas situaciones y salir airoso. También es cierto que han aprendido estrategias para preservar su identidad, que no es fija, como la de los adultos, sino líquida, flexible, plástica, siempre en construcción.

Estos jóvenes no son sujetos de rebeldía y eso no los hace menos críticos. Solo se trata de que su crítica no es reflexiva sino instintiva e instantánea, libidinal. No producen representaciones completas de la sociedad porque eso implica tiempo dedicado al pensamiento, al análisis y a la reflexión, y la velocidad con que viven no les permite detenerse, de manera que manejan percepciones siempre fragmentarias y una conciencia presuntamente culpable que los coloca en el centro ante la percepción del conflicto y no los deja ver más allá.

Como las representaciones son un conocimiento elaborado y compartido, se puede observar que los jóvenes tienen en general una representación del saber tal que descreen de sus conocimientos (el saber para ellos pertenece a los que lo detentan, ya sean científicos, académicos o expertos), y por esa razón es que no formulan definiciones ni analizan causas y que solo creen en aquello que ven, que tocan. Lo real es tangible porque aprendieron lo seguro, lo práctico (estudiar para aprobar, por ejemplo). Es notable que al negarse la posibilidad de crear nuevo conocimiento e incluso de reflexionar (volverse sobre sí) se niegan la posibilidad de decir su palabra liberadora, en la expresión freireana. La velocidad de las tecnologías tanto como la desconfianza del otro han producido un sujeto apurado,

hermético, condicionado por sus instintos, cuya libertad es desplegada como búsqueda de placer.

Cada una de estas astillas, de estos fragmentos con los que los jóvenes van construyendo su identidad, contribuye con la producción de una realidad compartida que se vive en común.

Las representaciones juveniles muestran su capacidad de lectura y de construcción de sentidos de manera atenta y apropiada. No construyen, definitivamente, aquello que los adultos quisieran sino sus propias respuestas.

Las representaciones juveniles, en definitiva, muestran lo que los jóvenes son y lo que la sociedad expresa.

Bibliografía

AA.VV. "La apropiación de las TIC por jóvenes de sectores populares urbanos en espacios de acceso público" en Rev Argentina de Juventud, FPyCS, 2010, N° 3 .

Altamirano, C. (director) *Términos críticos de sociología de la cultura*, Bs.As., Paidós, 2008.

Bauman, Z., *Modernidad líquida*, Bs.As., Fondo de Cultura Económica, 2005.

Díaz, E. *La ciencia y el imaginario social*, Bs.As., Biblos, 1996.

Díaz Larrañaga, N. (coord.), Informe final de investigación Temporalidades, La Plata, FPyCS, 2011 (mimeo).

Echeverría, M. y Viviani, T. "Algunos sentidos sobre el espacio público. Interacción colectiva de jóvenes platenses en grupos de discusión", XII Congreso de RedCom, UNCuyo, 2010.

Freire. P. Entrevista publicada en el "Jornal Folha de Sao Paulo", San Pablo, 4/5/97.

Foucault, M. *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1992.

Giménez, G., "Para una teoría de las identidades sociales", Rev. Frontera Norte, 1997, Vol, 9 N° 18.

Maffesoli, M. *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo*,

Dedalus, Buenos Aires, 2009.

Martín-Barbero, J. "Globalización y multiculturalidad: notas para una agenda de investigación", en: *Ensayo y Error*, Bogotá, 1997, N° 3.

Reguillo, R., "Identidades culturales y espacio público: un mapa de los silencios", *Revista Diálogos de la Comunicación* N° 59-60, Lima, FELAFACS, 2000, pp 74-86.

Reguillo, R., "Formas de saber, narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal", en: Grimson, A., *Cultura y neoliberalismo*, Buenos Aires, CLACSO, 2007.

Teodosio, M.A., "Los jóvenes y el cambio social", en *Rev. "Question"* N° 29, 2011.

Williams, R. "Tecnologías de la comunicación e instituciones sociales", en: Williams, R. Ed. *Historia de la Comunicación*, Barcelona, Ed. Bosch, 1992, vol. 2.

Zemelman Merino, H. "Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible" en *Rev. Polis*, 2011, N°27. Disponible el 3/1/11 en: <http://www.revistapolis.cl/polis%20final/27/art15.htm>